

LA ENORME DISTANCIA

El señor James Michener, de profesión sus *best-sellers*, pertenece a ese privilegiado círculo de autores cuyos libros se distinguen, no tanto por el número de ejemplares vendidos, como por el de toneladas de papel utilizadas para producirlos. Las obras del señor Michener, macizas y torrenciales, son lo más parecido que hay a las páginas amarillas, dicho sea con perdón de las páginas amarillas. El señor Michener siente, además, debilidad por la historia. Hawai, Polonia, Suráfrica, Israel y España han sido, entre otras, materia de sus mamotretos.

No hace mucho, el señor Michener concedió una breve entrevista al diario *The Wall Street Journal*. Y a la pregunta de por qué no había escrito nunca una novela de tal índole sobre América Latina, el señor Michener tuvo a bien responder, textualmente, sin matiz ni rubor alguno, lo que sigue: “Porque me disgusta herir a la gente. Yo siempre trato de decir la verdad y, si tuviera que escribir lo que siento acerca de América Latina, tendría que decir que es un continente de segunda, habitado por gente de tercera”.

Lindezas como la anterior ayudan a comprender por qué el discurso antinorteamericano goza de tan buena salud al sur del Río Grande. Con todo, el señor Michener no necesitaba ser tan cabal, porque, aun bajo el disfraz del más elegante eufemismo, se trasluce el complejo de superioridad y la distancia, la enorme distancia, la casi insalvable brecha que se interpone entre nosotros y aquellos para quienes Tercer Mundo significa un grupo de países pobres habitados por subgéneres de tercera.

Lanzar sales y vinagres, desatar los perros de la ira o proferir la consabida docena de agravios comparativos, sería lo más natural del caso. Pero no merece la pena desperdiciar adrenalina en personas que no ven más allá de lo que les permite el pesebre.

Aunque es triste, sí, muy triste. Deprime, en verdad, saberse heredero de culturas y estirpes de tercera.

Porque de tercera debieron de ser, sin duda, los arquitectos cuyo saber fue capaz de concebir las armonías terrenales de Tikal, Chichén Itzá o Machu Picchu. Algo semejante cabe decir de los artistas que decoraron Bonampak. O de los escribas que pintaron la crónica de su tiempo en cortezas de amate. O de los talladores que esculpieron los atlantes de Tula, los dinteles de Yaxchilán y los innumerables altares y estelas que, tras ser robados hoy aquí, son vendidos después a precio de oro en presuntos países de primera.

Hombres de tercera debieron de ser también, supongo, Caupolicán, Tecún y Cuauhtémoc. Y los

navegantes, cartógrafos, descubridores, frailes y humanistas que vinieron del otro lado del mar.

Gente de medio pelo fueron, sin duda, Las Casas, Vasco de Quiroga, fray Toribio de Benavente y demás artífices de la convivencia de dos razas y dos culturas disímiles.

Historiadores de tres al cuarto los que, vencedores o vencidos, en tono doliente o triunfal, relataron el desgarrador encuentro, como Bernal Díaz, Ercilla, el Inca Garcilaso o Fernando de Alva Ichtlilxóchitl.

Y medianías sin lustre los que cimentaron aquí la antropología y las ciencias humanas, como fray Bernardino de Sahagún, los fundadores de universidades, como Francisco Marroquín, o los introductores de la imprenta, como José de Pineda Ibarra.

Próceres de tercera debieron de ser Bolívar, San Martín, Sucre, Del Valle, Martí, Artigas o Morelos. Y sólo un continente de segunda podría engendrar lingüistas de tercera, como Andrés Bello o alumbrar obras sin mayor relieve, como *Martín Fierro*, *Cien años de soledad* y *El Señor Presidente*.

Poetas de segunda fila fueron, a lo que se ve, Darío, Gabriela Mistral, Pepe Batres, Neruda o Nervo. Y pintores sin valor alguno Orozco, Rivera, Botero o Guayasamín. A los Borges, Rulfo, Vargas Llosa, Sábato, Paz, Cortázar, Roa Bastos, Carpentier o Di Benedetto más vale no mencionarlos. Ni a arquitectos como O' Gorman, Villanueva o Niemeyer. Ni a músicos como Villalobos, Ginastera, Lara o Troilo. Menos aún a modistos como Óscar de la Renta.

Es triste, sí, muy triste.

Peor aún, es como para echarse a llorar.

El narrador mexicano Carlos Fuentes, quien, aparte de enseñar en Harvard, escribe mejores novelas que Michener, no llora, sino explica, y muy bien, la tradicional incapacidad de políticos e intelectuales norteamericanos para comprender a sus vecinos del Sur. “Mas que el poder, nos separa la cultura –escribe Fuentes–. Somos distintos, somos otros. No podemos imponer nuestra visión del mundo a los Estados Unidos, ni ellos a nosotros. Lo que importa es saber superar, sin negarlas, nuestras respectivas diferencias”.

Lo cual anima y conforta. Porque, entre el sereno juicio de Fuentes y el burdo desdén de Michener, se percibe, además de la distancia, ese rasgo de carácter que diferencia de un sólo trazo a ambas culturas, un rasgo –quizá debiera decir actitud– fundado en el secular esfuerzo, inacabado, por inacabable, pero aún vivo, de tratar de comprender al otro, de verlo como un hombre más, en un mismo plano y sin atributos ordinales, virtud que el señor Michener acaso estime de tercera, pero que entre nosotros es cualidad indispensable e inherente a todo aquel que presuma de vestirse por los pies.